

clásicos del Renacimiento han sido, tal vez, los traductores de las lenguas antiguas? ¡Y los mejores latinos los más griegos! Para escribir en castellano, como en cualquier otro idioma, lo peor es aprenderlo. Compárese el castellano, de Santa Teresa ó el de Rubén Darío con el de D. Antonio Maura.

Rubén Darío ha hecho caer la frontera septentrional de España, que ya algunos catalanes se ocupaban viciosamente en socavar en su extremo oriental. El poeta centro-americano ha articulado en Europa la poesía castellana contemporánea. Junto á la tumba del Mago vemos renovarse la tierra árida. Quisiera que no se me enojasen estos dos grandes poetas de la austeridad española, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, si me atrevo á significar que han nacido begonias en una estepa.

JOSÉ CARNER

COTIDIANAS

Ha muerto Rubén Darío cuando ya declinaba su influencia en la poesía castellana; ha muerto el altísimo poeta de las elegancias decadentes. Ante la catástrofe de Europa, con la que parece iniciarse un período de renovación absoluta, el poeta del europeísmo, del *diletantismo*, del estetismo, se excluye del mundo, se vuelve al reposo eterno que cantó en versos de oro y de cristal.

La muerte de Rubén Darío motivará densos artículos y elegías; muchos periódicos publicarán su retrato; las revistas literarias dedicarán páginas enteras al comentario de su obra poética; se celebrarán veladas honrando su memoria,

y es posible que en todas las jóvenes Repúblicas de la América española se ostente la bandera á media asta en demostración de duelo nacional. Modestamente dedico yo en recuerdo del poeta de *Azul* las breves y efímeras líneas de una *Cotidiana*.

En Barcelona vivió temporadas largas, buscando alivio para sus quebrantos, bajo nuestro cielo radiante y apacible; aquí estuvo confundido, ó, mejor, apartado de la vida vocinglera de la ciudad, como príncipe viajero á quien ampara el incógnito contra las asechanzas de la publicidad escandalosa. Y apenas fué notada su presencia. Vivimos tan distraídos, tan entregados á la labor cotidiana y á los actos domingueros, propiamente dichos, que aquel gran poeta, encarnación de toda una época de la poesía, verdadero príncipe de las letras, pasó junto á nosotros inadvertido, puestos con esperanza sus ojos tristes de enfermo en el infinito azul...

Pero es que Rubén Darío era un poeta para poetas, y así pudo ser su influencia decisiva y representar una escuela ó una moda, sin haber llegado nunca al corazón del pueblo. Con la fría aristocracia de Leconte de Lisle, entretuvo su inspiración recorriendo todas las literaturas, y poco le interesó la vida más allá de los libros. Coincide con el largo reinado de Rubén Darío la indiferencia del público por los poetas, y sólo con la aparición de Gabriel y Galán, inopinada, vuelve á notarse un estremecimiento vital en la poesía castellana, perdida en divagaciones somnolientas, erudita, refinada, decadente.

El fracaso de Europa es el fracaso del europeísmo uniforme, que representó Rubén Darío en su manifestación poética. Los poetas son el producto sentimental de los pueblos, y lo que hubo de malo en la influencia de Rubén Darío fué que, siendo el autor de *Prosas profanas* hijo de América, donde las nacio-

nalidades carecen de tradiciones por lo mismo que son jóvenes, creó una especie de turismo literario, muy interesante, muy ameno; pero donde faltaba el calor del hogar, trascendiendo todo á fonda, á ferrocarril y á *cicerone*.

Y se entiende que si no hubiese sido Rubén Darío un gran poeta, á la vez elegante y nómada, ni le habrían seguido los demás ni habría interesado á nadie. Bien está su poesía en él y mal en los otros, que al fin él fué sincero á su manera.

Su muerte, acaecida en estos momentos de tribulación y de revuelta mundiales, parece rodearse de un extraño simbolismo. Y, no obstante, pase lo que pase, el poeta no será olvidado.

ARIEL

APUNTE

Los retratos de los grandes hombres son siempre un poco desilusionados. A buen seguro que las románticas muchachas que alguna vez, hojeando los libros de Rubén, hayan tropezado con aquella exquisita "Sonatina" en que cantó el poeta la tristeza de una princesita soñadora, en todo habrán pensado, sin duda, menos en un bardo de cara abultada, de boca carnosa y rasgada y de nariz india. Y, sin embargo, así era el cantor de aquella pálida princesa. Al frente de este libro le tenéis, no como era al morir, sino mucho tiempo antes, cuando su numen creador y magnífico concibió aque-

llos versos tan sutiles que parecían hechos para leídos en la soledad, lejos de todo mundanal ruido, por el temor de que un rumor cualquiera los quebrase de puro delicados.

Ya no existe el poeta de los gentiles atrevimientos. Como él dijera al hablar de la princesa triste:

«está mudo el teclado de su clave sonoro»,

y su melena de bohemio ha caído para símpre sobre su frente; llena de blanca serenidad y cubierta de paz. Sobre su memoria han comenzado á posarse los primeros elogios. Pero estos elogios tienen forzosamente que parecer desmayados á todos los que conocieron al poeta y amaron sus versos. Las biografías tienen como característica la frialdad. ¿Qué importa saber dónde nació un hombre como éste? ¿Qué interés puede añadir á su obra el conocimiento de su vida política? ¿Qué deseo puede nadie sentir por penetrar en su carrera diplomática, ni

por conocer sus días de periodista, ni por saber la edad que tenía cuando vino á España por primera vez? Lo único de positivo interés es su espíritu, es decir, sus versos.

Rubén Darío señala en la historia de la poesía castellana un momento de sorpresa, tan grande que aún no han salido de ella muchos. Teníamos demasiado cerca la influencia de nuestros poetas románticos; estábamos demasiado acostumbrados á la música fácil y grata de Zorrilla para que aceptáramos sin protesta la aparición de unas nuevas formas no exentas de musicalidad, pero de una musicalidad extraña, inaudita, arbitraria. Rubén Darío, como sucesor de Campoamor, era algo tan desconcertante, en cuanto al modo de expresión, como escuchar por primera vez un cuarteto de Frank inmediatamente después del brindis de *Marina*. Para el poeta acaso fuera esto incomprensible. A él le había enseñado el camino Verlaine, el admirable

lírico francés. Mas para la casi totalidad de los españoles la senda ignorada les hacía dibujar un gesto de desconfianza, primero, y de burla, después. Pero el poeta no había adoptado por capricho la postura innovadora. Vió en las nuevas formas de versificación una depuración del arte exquisito y la siguió con la religiosidad de un creyente y la rindió público culto con la devoción de un artista. Si algo malo hizo Rubén en esta vida fué crear una escuela que murió con él, sin que la divina semilla plantada fuera de su huerto, diera otros frutos que poesías sin espíritu, llenas de cosas lamentables. ¿Cuál de sus discípulos, mejor dicho, de sus imitadores, sería si no, capaz de rezar la merecida letanía del maestro?

¡Oh, pobre princesa soñadora! Ya no cantará más el poeta tus líricos suspiros, ni tus risas perdidas, ni tus bellos ensueños, ni tus palideces de azucena. Ya ha muerto tu poeta y habrá recibido á estas horas el abrazo fraternal de Verlaine y

de Mallarmé. "Ella"—como llamó siempre el autor de *Prosas profanas* á la muerte—ha descendido hasta Rubén y ha puesto en sus labios yertos el beso de la paz eterna...

J. BARRIO Y BRAVO.

POETA Y TROVADOR

I

In memoriam.

Contadas horas después de su tránsito, es aún prematuro aventurar un ensayo crítico sobre este poeta. Rendirle el homenaje póstumo y funeral de unas cuantas flores sentimentales nos parece menguada ofrenda para un hombre cuyo atributo más señalado es la inmortalidad. Por eso le hemos amado y reverenciado y han de continuar amándole y reverenciándole las generaciones venideras. En Rubén Darío hemos visto siempre al hombre inmortal. Su muerte física no ha sido sino tránsito desde la vida del ágora á la vida olímpica, asunción á la región serena en donde la corona pre-

sunta se trueca en gloria inmarcesible. El decoro nos veda derramar sobre su tumba lágrimas y flores de dolor, que el tiempo marchita y consume. En la flora espiritual, las siemprevivas no nacen del corazón, sino del entendimiento, bien que sus últimas raicillas se alimentan de sangre. El dolor es efímero; la idea es incorruptible.

Nuestra ofrenda es un manojo de ideas, muchas de ellas en capullo, arrancadas á este propósito, sin habernos detenido friamente á concertarlas á modo de guirnalda ó corona.

No vacilamos en afirmar que Rubén Darío es el poeta más musical y el trovador más poético de cuantos han cantado en lengua castellana. No es hora ésta de argumentos ni demostraciones.

**Todas las cosas del
cielo y de la tierra.**

Es harto común confundir poeta con trovador ó versificador, cual si el verso

llevase aparejada consigo la poesía, como el cuerpo el volumen. Y sin embargo, no hay distinción sustancial entre la poesía y la prosa. Hay tan sólo distinción formal entre el verso ó lenguaje convencionalmente medido y la prosa ó lenguaje en que, aunque medido, el número no se ajusta á medida *regulares* (1). Nuestro Juan de la Encina escribe á este respecto: "Según es común uso de hablar en nuestra lengua, al trovador llaman poeta y al poeta trovador. Mas á mí me parece que cuanta diferencia hay entre músico y cantor, entre geómetra y pedrero, tanta debe haber entre poeta y trovador. Boecio nos enseña que el músico contempla en la especulación de la música y el cantor es oficial de ella. Esto mismo es entre el geómetra y pedrero y poeta y trovador". De manera que, lo

(1) «Y no se espante ninguno porque dije que la prosa tiene su medida, porque es cierto que la tiene, es aún por ventura muy más estrecha que la del verso.» Gramática castellana, del maestro Antonio de Nebrija.

primero, ser de verdad poeta; y para serlo no basta escribir en verso. Pero, ¿cómo será el poeta? Shelley (*A Defence of Poetry*, escrita en 1821, publicada en 1840) piensa que: "Un poeta participa en lo eterno, lo infinito, en la Unidad. En cuanto se refiere á sus concepciones, tiempo, espacio y pluralidad no existen". Ante todo, el concepto de la Unidad. La poesía es precisamente lo contrario de la filosofía de aquel amigo de Hamlet; en la cual no cabían muchas cosas del cielo y de la tierra. Poesía es la filosofía más fina y cabal. "Platón y Bacon fueron poetas, grandes poetas". (Shelley.) La poesía abarca el universo en su unidad. Por eso es una entidad universal. Es cosa interna y profunda, no meramente superficial; es substancial, no circunstancial; es contenido, no envase. Por eso, al trasegarse de un idioma en otro no se disipa, degenera, ni merma, y siendo señaladamente apta para la traducción, en este sentido, es también uni-

versal. Si la poesía verdadera fuera intraducible, ¿cómo explicar que la Biblia sea considerada en todos los pueblos y en todas las edades como el libro más poético? En ambos sentidos, Rubén Darío es poeta.

Las lindes últimas.

Nada vale decir que es poeta. ¿Cómo lo hemos de conocer? Todos los hombres en cierto grado, somos universales. Mas para serlo en un grado heroico y poético no basta colocarse frente al universo y tener, en alguna manera, conciencia de él. Es fuerza abarcarlo, aprehenderlo, extraerle la sustancia y circunscribir dentro de un breve perímetro en donde luego todos los demás mortales lo pueden abarcar, aprehender y penetrar. Hasta ahora, los grandes poetas no han hallado otra forma más sucinta y condensada de contener el universo que un triángulo cuyos tres

lados se llaman Amor, Muerte, Dios. Sabréis si el poeta es verdadero poeta cuando en sus creaciones se reiteran en todo momento estos tres temas y cuando el reino de su fantasía está cercado por esas tres lindes, más allá de las cuales se extiende la sombra. Y á veces el poeta se asoma á las últimas lindes, como Edgardo, como Rubén.

Divina fantasía y fantasía de bajo rango.

Hemos hablado de fantasía poética. ¿Qué es, en el poeta, la fantasía? Responderemos someramente que la facultad de ver en las cosas lo sustancial y originario. El poeta se halla, por ejemplo, ante un edificio, una vivienda. La fantasía del poeta comienza á elaborar formas exaltadas de aquello que los ojos están contemplando, hasta engendrar una visión distinta de la realidad externa, distinta sin dejar de ser la realidad

y al propio tiempo su más íntima interpretación, así como el vino es distinto de la uva. ¿Cómo diferenciaremos la fantasía del poeta de cualquiera otro linaje de fantasía? He aquí que por virtud de la fantasía de quien la contempla la casa se convierte, de una casa de tres pisos que era, en una casa de cuarenta pisos, ó en un palacio. ¿Será esta fantasía de poeta? No, sino fantasía de casero, ó de maestro de obras, ó de arquitecto; fantasía práctica ó fantasía científica, que ante la cosa presente incuba deseos utilitarios ó desentraña futuras posibilidades. La fantasía práctica y la fantasía científica operan trasmutando ó deformando la cosa de donde han recibido el estímulo. Añadir treinta pisos á una casa no es exaltarla, sino suprimirla ó sustituirla por otra casa. En cambio, la fantasía poética no suprime ni sustituye la realidad externa; la exalta en sí misma, escudriña y descubre su esencia y razón de ser. Será fantasía poética, pongamos por

caso, la que, adivinando y comprendiendo en la casa su calidad sustancial de vivienda, abrigo y cobijo de pobres vidas humanas, adonde se acogen, como á seguro, de las asechanzas y afanes del mundo, ve y experimenta, como de presente, la emoción y sabroso pasmo del primer hombre que por primera vez gustó el beneficio de la techumbre y vislumbró el rudimento del hogar y de la familia, ó se imagina la casa que tiene ante sí como caverna por donde van transitando dolores, alegrías, incertidumbres, entusiasmos, procesión de seres que no dejan nada constante de su paso, sombras que resbalan sobre el muro.

Hay hoy en España un buen acopio de versificadores (ruines versificadores) que gozan nombradía de poetas, cuya fantasía, de jaez eminentemente plebeyo y antipoético, consiste en describir el estuco como mármol, la patrona como princesa, el pato como cisne. Como si el es-

tuco, la patrona y el pato no tuvieran también su poesía peculiar. Todas las cosas son igualmente poéticas. Ó mejor dicho: para el poeta todas las cosas son igualmente poéticas.

La familiaridad.

Y es que junto al error común de confundir en lo atañadero á las personas, poeta y trovador, existe el de separar las cosas en cosas poéticas y cosas no poéticas, entendiendo por no poéticas las cosas cotidianas, usuales, comunes, en una palabra, las cosas *familiares*, y por poéticas las cosas insólitas ó nunca vistas. Y no es así.

“La poesía descorre el velo de familiaridad que empaña el mundo sensible y de esta suerte nos hace ver objetos familiares como si no fueran familiares”. (Shelley). La rutina, la familiaridad árida y fría empaña el mundo, pero también empaña el corazón y el entendi-

miento. Tres velos debe descorrer el poeta. Ha de destruir la familiaridad en tres ataques. Por la familiaridad, la costumbre sustituye ó hace veces de amor: este es el velo del corazón. En habiéndolo apartado, todas las cosas serán amables. Por la familiaridad, todas las cosas se nos aparecen como necesarias y permanentes: este es el velo del entendimiento. Descorriéndolo, se nos aparece la muerte dominando al amor y á la vida, con lo cual todas las cosas nos serán doblemente amables por ser perecederas. Por último, la familiaridad con las cosas del mundo nos han encallecido los sentidos para su hermosura y significación y sólo echamos de ver en ellas la fealdad, la arbitrariedad, la ciega y desordenada fatalidad, la sordidez, con que agudamente nos hieren á causa del doble amor que les tenemos, ya purificados corazón y entendimiento. Este es el último velo. Desgarrémoslo. Detrás de él está Dios. Y el mundo se transfigura

y serena, es lo que fué en su origen; *mundo*, que vale tanto como belleza, pulcritud y orden; *universo*, todo convergiendo á Uno, la palabra fecunda, el *verbo*, melodioso, armonioso y preñado de sentido eterno como un verso solo y único. "La poesía nos hace moradores de un mundo en cuyo parangón el mundo familiar es un caos. Un mundo de maravilla". (Shelley). Todas las cosas, sin dejar de ser como son, se nos parecerán en su representación sustancial y virginidad originaria. Reviviremos los génesis, viviremos las mitologías y asistiremos á la metamorfosis.

Sin duda esto es la poesía y así debe ser el poeta. Pero ¿en dónde hallarlo así? Era menester amasar un nuevo Adam, de barro rojo y cordial, y sacarle á la conciencia en un país mozo y fabuloso, bajo un sol tan robusto como si estuviera recién encendido, y ponerle una pupila deslumbrada y enorme, apta para absorber la maravilla terrena y la

infinidad cósmica, y encerrar en su garganta el don de la melodía y en sus nervios la virtud armoniosa como en las cuerdas de la lira, y hacerle muy antiguo y muy moderno, y audaz y cosmopolita, é infundirle en el rojo barro de su carne una sed infinita de ilusiones: Rubén Darío.

II

Hemos hablado del poeta. Hablemos ahora del trovador. Ó, para usar términos corrientes, habiendo esbozado unas ideas sobre el fondo de la obra de Rubén Darío, nos queda tratar de la forma.

Tocaremos de pasada algunos principios del arte de trovar. Habíamos aceptado la poesía como lo esencialmente universal; por ende, lo traducible por antonomasia. Veamos de separar en el poeta lo poético de lo trovadoresco é insinuar hasta qué punto alcanzó Rubén Darío la doctrina de trovar.

La palabra y el sonido.

Cuando leemos una poesía que por entero nos place, recibimos la impresión de que aquello que allí se dice sólo pudiera expresarse precisamente con aquellas mismas palabras y puestas en aquel orden único en que están, que no parece sino que pensamiento, sentimiento y expresión nacieron á un tiempo y para no desabrazarse jamás. En suma, nos sentimos inclinados á pensar que una obra poética no logra su belleza máxima ni su máxima emoción sino en el idioma en que fué escrita. De este sentir fué Cervantes, quien consideraba que por mucho cuidado que se ponga y habilidad que se tenga, nunca las poesías traducidas llegan al punto que tuvieron en su primer nacimiento. También Shelley advertía que la rémora y mal sino de la poesía consiste en que no puede trasladarse de uno á otro idioma. ¿Será esto

verdad? La respuesta merece alguna meditación.

Si es cierto—que sin duda lo es—que una poesía traducida ha perdido algo, no es menos cierto que una poesía original leída con el pensamiento y sin ayuda de la voz, también ha perdido algo. Es igualmente cierto que, aun leída en voz alta, cierta poesía pierde algo que le es propio; tal es el caso de aquella poesía popular ó erudita que nació ó fué compuesta para ser cantada. Hemos ya establecido con esto una jerarquía que va de la poesía cantada á la poesía traducida. La poesía es sustancialmente ella misma; pero en su manifestación sensible ha ido despojándose de ciertas galas de belleza y de emoción. Pues estas galas corresponden al arte del trovar, el cual, si bien le conviene como nobilísimo decoro y ornamento á la poesía, es diferente é independiente de ella. Porque ¿qué ha perdido la poesía al dejar de ser cantada para ser recitada, y luego al pasar á

ser leída en silencio y por último al trasegarse en otra lengua? Ha ido perdiendo musicalidad.

Poesía, música y danza fueron como hermanas mellizas. Juntas vinieron á la vida y asidas todas tres de la mano vivieron luengas edades. Las primeras en emanciparse la una de la otra fueron la poesía de la danza y la danza de la poesía; pero cada cual por su lado perseveraron en la compañía de su hermana la música. En un principio los hombres no podían concebir que llegase un tiempo en que la poesía viviese por sí, libre de la sonora tutela de la lira y que llegase á haber poesía no cantada ni recitada siquiera sino sólo leída. Mucho menos podían columbrar que, despojada de todo atayío musical—del canto y hasta del metro—la casta y desnuda poesía fuese igualmente bella y amable. Denominamos todavía un orden de poesía, "poesía lírica" en recuerdo de la lira con que se acompañaba en su infancia.

Trovador, pues, vale tanto como músico; y arte de trovar no es sino el arte de la música aplicado á la poesía al modo de acompañamiento ó realce. Así dice Juan de la Encina: "Sant Agostino escribió seis libros intitulados *Música*, en los cuales seis libros trata de los géneros de versos y de cuántos pies consta cada verso y cada pie de cuántas sílabas."

Cuando Cervantes, Shelley y cuantos les siguen en esa opinión, sostienen que la poesía no admite traducción no se han detenido á desglosar la poesía de la música verbal ó trova con que ha sido acompañada en su primer alumbramiento. La poesía, como el oro, tiene la misma ley y valor unánime en todas partes. Lo que cambia es el cuño. La poesía reencarna de unas en otras lenguas, sin ningún menoscabo. En cuanto á la trova, que es música, no hay para qué hablar de traducción. Se dice traducir, ó trasladar, ó verter una poesía porque la esencia poética está encerrada en palabras, de don-

de hay que extraerla para infundirla en otras distintas, de manera que subsiste la poesía pero en distinto vaso. No se dice trasladar una trova, porque no es menester, puesto que la música no tiene sentido sino ritmo, no está contenida en palabras ni de ellas necesita, sino que está incorporada en sonido. Para la trova, el verso y las palabras que lo componen han perdido su oficio habitual y menester cotidiano de significar cosas y se han trocado en una sucesión de timbres musicales, en sonoridad al modo de una modulación ó de un canto. Y siendo esto así, la musicalidad de una trova no exige ser traducida, porque para percibirla y gustarla no hace falta saber el idioma originario; basta con conocer su prosodia.

Yo de mí sé decir que antes de entender algunos idiomas que ahora entiendo, acostumbraba leer en voz altas trovas, y de ello recibía sutilísimo deleite y no escasa emoción. E iba yo pensando, se-

gún leía: "Es muy posible que estos trovadores no sean ni pizca poetas y no digan sino majaderías, como ocurre con algunos trovadores españoles contemporáneos; pero no hay duda que poseen la virtud musical y son más hábiles en el arte de trovar que los susodichos trovadores indígenas de Castilla." De las más de las poesías de Rubén Darío se puede asegurar que dondequiera que se reciten han de cautivar como una música encantada, aun cuando no las comprendan quienes las están oyendo.

En todo tiempo ha habido un tipo de trovadores, meros trovadores desamparados del numen poético, cuyos cánticos, trovas y composiciones se hallaba al exprimirlos que no escondían sustancia alguna. Pero estos trovadores, sin otro don natural que cierta industria é ingenio en el artificio de la métrica, si no eran poetas al par que trovadores, no era por designio, sino por desgracia y poquedad. En el trovar no se sospechaba el arte

por el arte, la pura musicalidad. Se suponía que el arte de trovar era un medio, el más agudo, exquisito, tierno y penetrativo de expresar y comunicar conceptos y afectos. De suerte que, si había meros trovadores (en términos más llanos, "poetas hueros") era contra su gusto y propósito. Estaban aun harto hermanadas la poesía y la música. Pero en estos últimos tiempos el arte de trovar ha llegado á extremos de tanta madurez y complejidad, que los trovadores modernos, en ocasiones y á sabiendas, han manejado el idioma, no como una summa ó repertorio de las cosas del mundo exterior y del interior, sino como un instrumento de innumerables cuerdas; no como un conjunto de palabras, sino como un conjunto de sonidos, recabando para la retórica emociones y sensaciones estéticas que parecían estarle reservadas á la música pura. A este linaje de obras pertenecen algunos de los poemas de Rubén Darío. Al propio tiempo, sólo

en los tiempos modernos la poesía ha entrado en la plenitud consciente de su autonomía, como realidad aparte de la música, bien que en veces y por conveniencia se le empareje. Hasta ahora, cuando un poeta cometía una de esas faltas contra la preceptiva, que es el código del arte de trovar, era por torpeza ó desidia, que no por propia voluntad.

Mas ahora la poesía usa del arte de trovar en la medida que le acomoda ó no usa en ningún caso. Y así se ha verificado el advenimiento de una especie moderna de poeta, que cuando lo ha menester en absoluto se exime del metro y de la rima. También á este linaje de obras pertenecen algunos poemas de Rubén Darío.

En cuanto á la métrica de Rubén Darío, su estudio exigiría demasiado espacio. Baste decir que no hay metro alguno de los empleados en la poesía castellana, desde sus orígenes, que Rubén

Darío no haya conocido en su más secreto mecanismo y tratado en consecuencia con peregrina gracia é insuperable maestría.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

RECUERDO DE UN HOMENAJE